

EL LENGUAJE

REVISTA DE FILOLOGÍA

AÑO I. NÚM. 5 OFICINAS: MAGDALENA, 27, MADRID MAYO, 1912

LA LENGUA UNIVERSAL

(Continuación).

El buen planteamiento de los problemas es fundamento esencial de su resolución: un problema mal planteado no tiene resolución posible. La humanidad lucha con problemas que se creen disparatados, que se juzgan utópicos, precisamente porque se vienen planteando mal desde un principio, apesar de su trascendencia capitalísima. Ejemplo de proverbial chifladura es el problema de la lengua universal que nos ocupa, ¿Porqué? Porque se plantea mal. Bien planteado, tendrá sus dificultades, ofrecerá sus dudas y titubeos la solución; pero se resolverá al fin victoriosamente. En buena lógica no puede negarse la posibilidad de que los hombres lleguen a entenderse por medio de una lengua universal.

Ya hemos visto en el número primero de esta revista cómo es posible esa universalidad en el sentido católico o de que sea entendida dicha lengua en todas partes donde ocurra la necesidad, aunque no por todos los hombres.

Otra de las condiciones que se juzgan esenciales para la lengua internacional apetecida es la de *unidad*, en su acepción de singularidad en el número: es decir, que habrá de ser única. Pero ésta que pudiera llamarse *unicidad*, si vale emplear este término para expresar dicha acepción de unidad, tiene que ser necesariamente unidad relativa.

De la misma explicación que hemos dado de la universalidad en la acepción restringida de esta palabra, se deduce que la lengua

universal no ha de ser la única y exclusiva para todos los hombres. De entender la unicidad en sentido tan estrecho caeríamos en la utopía; y no nos atreveríamos a defender la posibilidad de una lengua universal, si hubiera de exigirse rigurosamente a todos los hombres, absolutamente a todos, que olvidasen su lengua propia, su lengua materna, para no hablar más que la universal.

No se trata de tal exigencia ni de tal exclusivismo. Son perfectamente compatibles el conocimiento y el aprendizaje simultáneo o sucesivo de la lengua materna y de la lengua internacional. Esta perfecta compatibilidad nos la evidencia la práctica diaria de los que hablan diversas lenguas: un idioma y un dialecto, por ejemplo.

Aunque pudiera lograrse una lengua artificial, única como universal, su singularidad como lengua auxiliar no se opondría de ninguna manera a la coexistencia de las lenguas naturales o históricas.

Mas ocurre en este punto la dificultad de la concurrencia, que, si puede ser ventajosa en la industria, en el comercio, resulta al parecer funestísima cuando se piensa en establecer una sola lengua para todos. La competencia es provechosa cuando ofrece al público abundancia y perfección gradual en los productos; pero se juzga destestable cuando se trata de la lengua internacional, por este carácter de singularidad que le es inexcusable, según lo entienden algunos.

En los treinta últimos años sobre todo han aparecido ya multitud de proyectos de lengua universal, y es de presumir que se multipliquen en lo sucesivo, a medida que apremie más y más la necesidad de esa lengua, y que la idea de establecerla vaya ganando terreno en la opinión y el deseo de las gentes.

Pero con tal concurrencia, en vez de remediar la confusión de lenguas naturales, simbolizada en la Torre de Babel, parece que vamos á dar en una Torre Eiffel, que simbolice la pluralidad de lenguas artificiales: en vez de destruir aquella torre llevamos al parecer camino de intentar otra nueva.

¿Esta concurrencia de proyectos, temporalmente funesta, dará por resultado el triunfo de uno de ellos, si no definitivo y absoluto,

al menos circunstancial, en virtud de natural selección? ¿La salu-
dable concurrencia de proyectos dará naturalmente la preferencia
al más perfecto, al que reúna condiciones más aceptables en todos
sentidos?

El éxito más o menos efímero de un proyecto de lengua univer-
sal puede depender de una porción de circunstancias exteriores,
que lo hagan momentánea o temporalmente aceptable y preferible;
de los medios de propaganda de que disponga, del medio ambien-
te más o menos favorable en que se propague, hasta del hasar,
pues *habent sua fata libelli*: pero el éxito duradero, permanente,
si no en absoluto definitivo, forzosamente ha de depender del valor
intrínseco del proyecto, aunque influyan también otras circuns-
tancias.

La multiplicidad de proyectos de lengua universal, que van su-
cediéndose en el fracaso, hace que el público o la mayor parte de
él, ya de suyo indolente e indeciso, recele y caiga en el desalien-
to, cuando no esté aferrado al escepticismo. No hay para qué
desalentarse. Habrá siempre multiplicidad de proyectos, que se
irán sucediendo unos a otros en el favor de las gentes, porque la
lengua universal no puede ser absolutamente única, rigurosamen-
te perfecta, inmutable y definitiva. Aunque no hubiese más que un
proyecto de lengua internacional, ese proyecto único habría de ser
siempre perfectible y caminaría sin cesar modificándose más o
menos rápidamente en su marcha hacia lo mejor. La humanidad
no abandonará nunca ese camino.

Se hablarán siempre muchas lenguas, ya naturales, ya artifi-
ciales con pretensión de universalidad; pero una de ellas será en-
tre todas la más conocida, la más extendida en cualquier determi-
nado momento histórico. Podrá haber otras más perfectas, mejor
entendidas si se quiere; pero universal en cada momento histórico
será la más extendida.

Y debe entenderse por más extendida, no la que hable mayor
número de personas, que en tal caso sería el chino, sino la que en-
tiendan y conozcan las personas ilustradas en mayor número de
lugares. En este sentido elegimos todos entre las lenguas natura-

les el francés antes que el ruso, pues, aunque lo hable menor número de personas, se halla más extendido aquél que éste. Y la expansión de una lengua es factor importantísimo en esta cuestión de inteligencia internacional. Una lengua hablada por un millón de hombres distribuidos en diez naciones diferentes, es más universal, no cabe duda, que otra lengua hablada por diez millones de almas en una sola nación.

Se trata principalmente de que los hombres cultos de una nación civilizada se entiendan con los hombres también cultos de otra nación civilizada cualquiera. Cada cual eligirá seguramente para este fin, aquel proyecto de Lengua universal que haya alcanzado, por cualquier causa que sea, el mayor favor del público; pues aunque no fuese aquella la lengua que más agrade particularmente, será sin duda la más apta para obtener el fin perseguido de entenderse con el mayor número posible de personas ilustradas de diferentes naciones. Por eso creemos que, excepción hecha de algún fanático, de algún intransigente, de algún filólogo descontentadizo, no habrá hoy esperantista que no se halle dispuesto a cambiar el Esperanto por otra lengua más extendida o de condiciones especiales más adecuadas para generalizarse. Que el volver la espalda al Esperanto no es volvérsela al noble empeño de la lengua universal.

Es más: supongamos que coexistieran alguna vez dos o tres lenguas artificiales de aproximada extensión en el favor del público; siempre sería más fácil aprender dos o tres lenguas artificiales que no dos o tres lenguas naturales, dado que aquellas habrían de estar formadas con mayor regularidad y acierto, pues la experiencia va señalando los escollos que en estos proyectos deben evitarse.

Como comparación relativa a la concurrencia de proyectos, observemos lo que pasa con la escritura. Se ha ido extendiendo, se ha ido generalizando, se ha ido imponiendo en la mayor parte de los pueblos civilizados el alfabeto latino, que no es, sin embargo, ni con mucho, el más perfecto que pueda idearse; pero hoy día es el más universal.

Esa es la única solución posible del problema.

Anteayer fué el Volapük; ayer ha sido el Esperanto; hoy, parece que el Ido; mañana...

Simultáneos del Volapük, del Esperanto, del Ido, ha habido otros proyectos, quizás de mejores condiciones que aquéllos. ¿Pero quién los ha conocido? *Habent sua fata libelli*.

Sea por ésta, sea por aquella causa, lo cierto es que el conocimiento del Volapük llegó a extenderse, y más el del Esperanto. ¿Quién no tuvo aun noticia del Esperanto? Esta lengua alcanzó adeptos en todas partes; su literatura ha llegado a ser importante; mas por sus graves desaciertos se le está ya poniendo el sol a esta lengua artificial.

Necesariamente ha de ocurrir con la lengua universal lo que ocurre con todos los inventos, con todos los adelantos. Rechazar la idea por la sola consideración de la multiplicidad de proyectos nos parece tan desacertado e ilógico como el despreciar la máquina de escribir o de coser porque existen varios sistemas. Lo racional es que cada cual elija el suyo, el que sea más de su gusto, o de su conveniencia, y así se irá formando la selección natural y necesaria, en verdadero plebiscito.

Es de tener presente que de los mecanismos, el más práctico y perfeccionado suele ser el más caro y suele no hallarse por lo tanto al alcance de todas las fortunas; lo contrario ha de ocurrir con la lengua universal; que cuanto más perfeccionada costará menos su adquisición.

¿Qué ocurre con las lenguas naturales o históricas? Se aprende la que más gusta o la que más conviene para los fines que se precisan. Se estudia mucho el inglés por su expansión comercial; más el francés por su categoría diplomática, y sobre todo por su riquísima bibliografía; el alemán por sus obras científicas principalmente.

No hay duda alguna de que poseyendo el francés se puede recorrer hoy mucho mundo y se puede leer mucho en todo género de literatura. Por eso se prefiere el francés al ruso, al turco, al éuscaro.

Pero el francés, y el inglés, y el alemán, y todas las lenguas

naturales, como formadas lentamente e irreflexivamente por el vulgo, adolecen de garrafales defectos, de torpísimas imperfecciones, de dificultades sin cuento.

Dadme una lengua artificial sin grandes inconsecuencias, sin torpes irregularidades, sin perniciosa multiplicidad de procedimientos, sin complicaciones innecesarias, sin sonidos confusos, sin combinaciones fonéticas extravagantes, sin irregularidades gráficas inconvenientes: tradúcidme a esa lengua lo más importante y selecto de todas las literaturas, y yo os daré muchos aprendices de ella, y yo os daré muchos lectores, y yo os daré muchos cultivadores de esa lengua en todas partes.

Y eso lo podrá realizar pronto, ya que se va conociendo mejor el sistema general del lenguaje, cualquier acaudalado que en ello tenga gusto de emplear su dinero, cualquiera sociedad de turistas, cualquiera compañía editorial que sepa explotar los negocios en grande.

Y con esa literatura, a falta de una metrópoli que dé la norma, se formará un régimen internacional; tal vez con una Academia que, no como las de ahora, limpie lo que deba limpiarse, fije lo que deba fijarse y altere constantemente lo que convenga alterarse. Más bien que a una Academia habrá de encomendarse esta misión a Congresos internacionales periódicos que, en la inestabilidad de todo progreso, vayan encauzando el de la Lengua universal.

Aun sin Academias ni Congresos existen ya muchos sistemas de inteligencia universal.

La lengua internacional, como toda lengua, no ha de ser más que un convencionalismo. ¿A cuántos convencionalismos no llegó ya la humanidad por acuerdo tácito, tradicionalmente, sin necesidad de Congresos ni Academias? Pues también llegará al convencionalismo de la lengua universal, que será una conquista de este siglo.

Hay varios sistemas de numeración escrita; pero la llamada arábica es hoy universal. Existen muchos sistemas de módulos, de pesos y medidas; pero el sistema métrico decimal es hoy el uni-

versal. Se emplean varios modos de notación musical; pero uno universal.

La lengua única, perfecta, rigurosamente universal, inmutable, definitiva, como medio común de inteligencia para todos los hombres, sería el ideal; pero ese ideal es precisamente lo utópico en esta cuestión. Habremos de contentarnos con menos si queremos mantenernos en los límites de lo posible: habremos de entender su universalidad en el sentido católico de que sea comprendida en casi todas partes, aunque no por todos los hombres; habremos de convencernos de que esa lengua no podrá nunca ser única con rigurosa exclusión de toda otra: que no podrá ser sino relativamente perfecta, dada la limitación de nuestra naturaleza finita; siempre perfectible, aunque sin poder alcanzar nunca una perfección absoluta; que no puede ser, por lo tanto inmutable y definitiva sin término ni caducidad.

Planteado así el problema, la Lengua universal es posible, es ya un hecho en principio, será una conquista innegable del presente siglo.

Prescindiendo de exclusivismos intransigentes, intolerantes, que lo quieren todo o no quieren nada, puede llegar la humanidad a poseer una lengua internacional relativamente sencilla, fácilmente asequible. Pero entiéndase bien: esa lengua no podrá ser nunca única, inmutable ni definitiva. Todo lo contrario: ni absolutamente universal, ni rigurosamente perfecta.

R. ROBLES

(Continuad)

LA ACENTUACIÓN CASTELLANA

La debatida cuestión de nuestra acentuación ortográfica se halla actualmente sobre el tapete, desde que la Academia publicó la última edición de su Gramática, consagrando oficialmente la supresión de las tildes innecesarias sobre los monosílabos *a, e, o, u*.

Renshaw en *La Enseñanza*, Carrillo del Valle en *El Imparcial*, Cejador en *La Noche*, y otros en otras publicaciones, han escrito sendos artículos sobre este asunto. El primero haciendo atinadísimas observaciones y reparos a la Academia, los otros sosteniendo interesante controversia, nos han incitado a tratar de esta cuestión antes de lo que nos habíamos propuesto.

En las columnas de esta revista, hemos de sostener una campaña heroica por el perfeccionamiento de nuestra ortografía, y ya que la actualidad lo determina, vamos a empezar por la cuestión de los acentos.

Es mas delicada y enredosa de lo que parece esta cuestión, cuyas raíces se esconden en la naturaleza íntima de las vocales, cuyos intrínquilis arrancan de la propia esencia de los diptongos, cuyas ramas se extienden al cómputo de las sílabas y a la rítmica del lenguaje. Como que el acento no sólo afecta a las palabras, que son entidades gramaticales en cuanto al significado, en el cual indudablemente influye la alteración rítmica del acento. Pero éste rige especialmente las entidades rítmicas más o menos complejas del lenguaje. Tanto es así, que a veces están constituidas diferentes agrupaciones rítmicas dentro de una misma palabra, que por esta razón especial necesita de dos acentos prosódicos.

Tal ocurre en algunos adverbios en *mente*, como *lógicamente*,

hábilmente, y en algunos otros vocablos que no cita la Academia y que deben llevar también un acento ortográfico en su primer elemento rítmico, aunque léxicamente no sean voces compuestas de elementos semánticos separables. Así, *Cásarabonela*, y no *Ca-sárabonela*, ni *Casarábonela*; *Mácharaviálla*, y no *Macháravíalla*, ni *Macharávía*; *Cóstantinopla*, y no *Constántinopla*; *cóncatena-ción*, y no *concátenación*. Pero *destrípaterrones*, y no *déstripaterrones*.

Otras veces, por el contrario, varias palabras forman una sola agrupación rítmica, ya uniéndose unas a otras como enclíticas o proclíticas, *dándolo*, *búscame*, *cuéntase*, *contertulio*, *encerrar*, *paracaídas*, *sinvergüenza*, *sobreescrito*, *sobrehueso*, ya permaneciendo separadas en la escritura, aunque enclíticas en la pronunciación, como *mi libro*, *la casa*, *si viene*.

Y hasta ocurre que hay acentos eminentes de intensidades dominantes, que forman por su notable culminancia los núcleos o los límites de agrupaciones rítmicas de mayor complejidad.

Nunca en Italia ví nada tan bello.

¿Quién no observa la intensidad culminante de las tres sílabas, *nun*, *ví*, *be*, de este endecasílabo? Otro ritmo diferente sería el de este verso, acentuándolo a manera de gallegada.

Nunca en Italia ví nada tan bello.

Y otro tercer ritmo distinto se puede dar a este mismo verso acentuándolo según el metro quebrado de la Danza de la Muerte

A esta mí danza-traje de presente.

Nunca en Italia-ví nada tan bello,

Pero hay más: así como pueden resultar versos de varia medida aunque tengan el mismo número de sílabas igualmente acentuadas, con sólo, variar la culminancia accidental de los acentos, según demuestra el ejemplo propuesto, asimismo puede haberlos de la misma métrica con diferente número de sílabas.

Igualmente ocurre en muchos vocablos de prosodia variable y de diferente número de sílabas, según las circunstancias rítmicas en que se hallen. Ejemplos:

Ce-ru-leas-siem-pre-fue-ron.

Siem-prehan-si-do-ce-rú-le-as.

Las aguas de este lago.

Mostrábase radiante,

Ma-jes-tuo-say-di-á-fa-na.

Ma-jes-tíl-o-say-diá-fa-na.

Si el escribir o no escribir el acento ortográfico obedece en regla general, según veremos más adelante, al número de sílabas en que termine la palabra, contado ese número desde la última acentuada prosódicamente, claro es que, al variar ese número, por fuerza cambiará también la ley de su acentuación ortográfica.

Y como las circunstancias rítmicas de las palabras pueden ser muy diferentes según los casos, de aquí que varíen también sus condiciones acentuales. Por eso la cuestión del acento es una de las más difíciles que pueden presentarse en nuestra ortografía.

Tan lejos está, pues, de la verdad el ilustre filólogo Sr. Cejador al creer y afirmar que la acentuación castellana es cosa muy sencilla y asunto de poco más o menos.

Cuestión muy delicada y muy difícil es esta, que necesita ser estudiada con muchísimo pulso y detenimiento.

Por esto convendría tratar previamente de vocales y diptongos, de sílabas y pies métricos, para edificar sobre nuevas teorías verdaderas que constituyeran base sólida donde se asentase una brillante reglamentación acentual. Pero la actualidad, como hemos dicho, precipita los acontecimientos, y nos decide a abordar la cuestión, un poco obligados, antes de habernos dispuesto convenientemente para ello y de haber preparado también a nuestros lectores.

La «Nueva teoría de las letras vocales» ya está publicada: y del tratado de los diptongos, así como de sílabas y pies rítmicos, adelantaremos las ideas necesarias para que nuestros lectores adquieran, si no convicción segura, al menos los datos indispensables para la práctica de la acentuación.

Al fin y al cabo, el ejemplo enseña más en estas materias que todos los argumentos. Procuraremos ir dando ese ejemplo, y la razón de acentuar de una manera y no de otra se irá alcanzando y comprendiendo a medida que se practique, se comparen los casos

ocurridos y se adviertan y compulsen sus condiciones y ventajas. Y siempre estaremos dispuestos a resolver, cuando podamos y sepamos, las dudas y reparos que se nos presenten, a reconocer los desaciertos que tengamos y a modificar nuestros procedimientos en el sentido que parezca más práctico y consecuente.

* * *

En el uso tradicional de nuestra escritura se ha venido y se viene empleando el acento o tilde sobre las vocales con cuatro oficios o funciones distintas. La primera, principal y propia, para marcar la sílaba que debe pronunciarse con mayor intensidad relativa en cada palabra: *máscara*, *carácter*, *cascarón*. La segunda, como signo diacrítico de distinción léxica: *de*, preposición, *dé*, verbo; *tu*, adjetivo, *tú*, pronombre; *el*, artículo, *él*, pronombre. La tercera, para indicar la adiptongación o *azeusis* (1), esto es, que dos vocales unidas no forman diptongo; con lo cual el acento usurpa el oficio propio de la crema o signo de diéresis; *secretaría*, *porfía*, *falúa*, *laúdes*, en vez de *secretaria*, *porfia*, *falla*, *laüdes*. La cuarta, por mero capricho, como en la preposición y conjunciones *a*, *e*, *o*, *u*, se hizo hasta aquí, y como se sigue haciendo en los monosílabos con diptongo, *fué*, *ful*, *dió*, *vió*, donde no hace falta ni sirve más que para estorbar y entorpecer, según veremos adelante.

La multiplicidad de oficios o empleos de un mismo signo o de un mismo procedimiento para diferentes fines es tan funesta en las lenguas como la multiplicidad de signos o de procedimientos para un mismo fin. Tan mala es la inopia como la superabundancia. Tanto embrolla emplear una misma palabra en diversas acepciones, como tener distintos vocablos para expresar una misma idea. Todo ello es confuso, como lo es el empleo del acento para los cuatro usos indicados. Por eso convendría emplearlo exclusivamente en su oficio propio de indicar la sílaba más intensa de cada palabra.

(1) Término empleado por Robles Dégano.

El emplear el acento por mero capricho da lugar a confusiones. Así no sabemos, sino por tradición oral, que los monosílabos *vió, dió, fuí, fué*, tienen una sola sílaba. y *rió, huí, pié*, tienen dos; cosa indeterminable por nuestra ortografía usual.

El emplearlo como signo diacrítico para la distinción de palabras de diferente categoría es innecesario, pues el contexto nos indica esa distinción, por la función de cada una de ellas en la frase. Además es insuficiente para ese fin, pues muchas veces hay más de dos y más de tres vocablos idénticos en su estructura que son de naturaleza y significado diferentes. Tal ocurre en el ejemplo académico, *sé* mi guía, porque no *sé* lo que *se* debe hacer; en el cual ejemplo no se distingue al fin gráficamente el *sé* del verbo ser y del verbo saber. *Sobre*, preposición; *sóbre*, verbo; *sóbre* de carta. El *canto* de un duro, el *canto* llano, yo canto. ¿*Cómo* digo que *cómo* bien? El *lago Como* no es tan grande *como* el Mayor.

La indecisión en que nos hallamos para conocer el número de sílabas que pueden tener algunas palabras es otro inconveniente de emplear el acento como signo de distinción de las mismas. El pretérito *fuí* del verbo ser se distingue por el acento gráfico del mismo tiempo *fui* del verbo ir. Mas como el acento se usa también en vez del signo de diéresis, nos encontramos en la duda de si deberemos pronunciar en dos sílabas, como es lógico, la palabra *fuí*, de la misma manera que en dos sílabas pronunciamos el vocablo *huí*, igualmente acentuado. Los extranjeros que aprenden nuestra lengua conocen bien estas dificultades.

Preferibles serían otros signos para la diacrisis. Provisionalmente pudieran emplearse el acento grave, o tilde de izquierda a derecha, y el circunflejo.

De ningún modo debería usarse el acento para indicar la adiptongación, pues para ello tenemos ya otro signo propio, el de la diéresis, que por cierto se emplea también torpemente con varios oficios. Así, en *silave* indica diéresis; en *argüir*, marca la diéresis al mismo tiempo que la pronunciación de la *u*; en *argüiré* y en *vergüenza*, no señala diéresis, sino únicamente que la *u* se pronuncia y no es muda, como lo sería de no llevar la crema.

En *ambigüedad*, *antigüedad*, *lingüista*, &, no hay díresis apesar de llevar la *u* el signo propio de ella. Y el que no conozca la tradición oral no podrá nunca averiguar por nuestra escritura el número de sílabas que tiene, por ejemplo, el nombre de lugar *Jara-güf*. *Fa-ra-güf* dicen los naturales del país, en sólo tres sílabas. Pero eso para sabido y no para averiguado. ¿*San-ti-gü-é*? ¿*a-cen-tué*?

¿Puede darse mayor ni más dañino enredo en la expresión gráfica de pueblos civilizados? Se dan mayores torpezas en naciones que se dicen más cultas que la nuestra. Pero ¡ah!, que mientras se les pueda echar en cara su incultura ortográfica no harán evidente y palmaria la superioridad de su saber y de sus adelantos.

Prodigiosamente se facilitarían las reglas de la acentuación castellana reduciendo el empleo de su signo propio al oficio exclusivo de marcar la sílaba más intensa de cada palabra: a ello debemos tender todos los amantes del progreso de nuestra lengua.

R. ROBLES

(*Se continuará*)

ARTE DE HABLAR

GRAMÁTICA FILOSÓFICA

DE LA

LENGUA CASTELLANA

POR

DON EDUARDO BENOT

OBRA PÓSTUMA

SU PRECIO: 10 PESETAS

SUCESORES DE HERNANDO.—MADRID

EL LATÍN DEL BACHILLERATO

Por la generalidad de las personas ilustradas está admitido casi como artículo de fe que la lengua castellana se deriva de la latina; que ésta es madre de aquella; llegando algunos autores a creer que el castellano no es más que un dialecto latino; sin faltar quien lo considere como un latín degenerado del presente siglo.

El prejuicio en estas cuestiones es cosa muy corriente y muy difícil de desarraigar. El parecido entre una lengua y otra es tan notable, que contribuye a sostener ese prejuicio, cuando no se reflexiona con suficiente independencia de criterio.

Hay que reconocer indudablemente la mucha semejanza de ambas lenguas: pero también es preciso admitir que existen diferencias, inexplicables en una derivación tan directa. Diferencias principalmente en lo más característico, en lo más genial de cada una de estas lenguas; la una sintética, la otra analítica; la una desinencial, la otra prepositiva; la una con pasiva y deponencias, la otra sin ellas; la una con artículos, la otra sin ellos etc. etc.

Por otra parte, el parecido no prueba en absoluto la descendencia directa: no sólo se parecen los padres y los hijos; se parecen también, y por razón del mismo origen, los hermanos unos á otros. El castellano y el latín pueden parecerse como hermanos, de la misma manera que se parecen el castellano y el gallego, que se parecieron el griego y el latín, lenguas hermanas, que durante largo tiempo fueron consideradas erróneamente por los eruditos como madre e hija.

Se nos dirá que no solamente el parecido, sino también la historia confirma la procedencia de nuestra lengua y su parentesco de derivación con respecto al latín: que los Romanos dominaron largo tiempo en nuestro suelo e impusieron aquí su lengua sin dejar rastro de la que hablaban los naturales del país.

Pudiéramos objetar a esto que durante mayor lapso de tiempo domina en Galicia la lengua de Castilla, y aún subsiste el gallego, apesar de que contamos con más poderosos elementos de difusión que tuvieron los latinos; pues ni las legiones ni las colonias romanas fueron, ni con mucho pudieron ser, tan eficaces medios de influencia y difusión de la lengua, como son nuestras escuelas oficiales, nuestros constantes viajes y comunicaciones y relaciones comerciales, intelectuales, etc., y sobre todo nuestra prensa diaria, que invade en cada hora los ámbitos de nuestra nación. No sería exagerado el afirmar que un solo año de nuestra influencia lingüística en Galicia habría de ser más poderoso que todo el tiempo de la dominación romana en España. Y, sin embargo, el dialecto gallego no desaparece, ni puede decirse en verdad que sea derivado del castellano, aunque reciba sus influencias.

Mientras mejor no se demuestre lo contrario, seguiré creyendo que el castellano se deriva de una lengua hermana de la latina; y que ésta—siguiendo en el empleo de expresión tan gráfica—viene a ser, no su madre legítima, sino su tía. Que desde luego ha influido mucho en su sobrina, pero no le ha dado el ser. Mas concedamos que fuera su madre ó su madrastra. Vamos a admitir ahora como verdadera la hipótesis de que la lengua castellana sea, como se afirma, hija indubitada de la latina.

Para conocer bien las cualidades de una persona es menester estudiar ante todo directamente a la persona misma; sin que neguemos la conveniencia de conocer también como antecedente, y por la influencia que puede tener la ley de herencia, a la madre de aquella persona; pues de tal palo tal astilla. Pero no se me negará tampoco que las cualidades de una hija pueden diferenciarse mucho de las de su madre.

Ocurre en España (y en otras naciones) que se da una importancia exagerada al estudio del latín. En otros tiempos todo el saber de la humanidad se encerraba en los conventos: el clero ha sido, con fortuna y con acierto que no se le pueden negar, el educador universal, el baluarte de la civilización, durante varios siglos. Y aún sigue y seguirá siendo el clero un gran maestro por sus especiales condiciones y por su misión esencialmente educadora. Pero en la vida moderna se ha emancipado mucho la cultura, que no es ya patrimonio exclusivo del convento ni del clero; y aunque éste siga siendo culto en general, la instrucción secular es ya muy vasta, muy extensa.

Naturalísimo nos parece que la Iglesia haya influido mucho en el

estudio del latín, que es su lengua oficial; y se comprende que en nuestras Humanidades haya tenido ese estudio una importancia que no puede ni debe ya tener hoy. Profeso a la lengua latina especial cariño, porque la mayor parte de mi vida la pasé, pudiera decirse, con el latín en la mano: pero una cosa es el afecto, que nunca debe cegarnos, y otra cosa es la razón.

La ponderada perfección del latín me parece muy dudosa. Toda la vida estuve oyendo pregonar sus excelencias, y hasta quizás repitiendo yo mismo el pregón algunas veces, como buen papagayo: pero al presente no veo en verdad tales excelencias, ni acierto a explicarme, sin la *vis inertiae*, cómo ni por qué se mantiene aún esta rutina.

Considero que el castellano es mucho más perfecto que el latín: y tiene que serlo por todos conceptos. Nuestra lengua es más expresiva, más rica, más fluida, más flexible, más sabia, está más elaborada que la lengua latina. Posee muchos más recursos, mayor abundancia de combinaciones para matizar la expresión. El castellano vive, y con plétora de vida, y el latín está muerto, y por algo murió. Y entre un cadáver y un robusto viviente, la elección no es dudosa: aquél no nos sirve más que en disección.

Vive aún el latín en el seno de la Iglesia, y su estudio tiene lugar muy propio en los Seminarios. También lo tiene para la mencionada disección en la Facultad de Letras. Pero en los Institutos está demás el estudio del latín, que constituye hoy un verdadero estorbo, un suplicio para los buenos estudiantes, y un justificado achaque para los perezosos. ¿Qué resultados se obtienen del estudio del latín en el Bachillerato? Resultados pésimos ó nulos y consecuencias funestísimas. Resultados pésimos, porque, en general, ninguno que sale bachiller sabe una palabra de latín. Consecuencias funestísimas, porque muchos malos estudiantes fundan su desaplicación, su falta de voluntad, en las dificultades del latín, con que tropiezan en los primeros años de sus estudios; y ya echados en la pereza, siguen después en lo mismo. Además se pierde inútilmente un tiempo precioso y un esfuerzo considerable en ese estudio tan árido como estéril; tiempo y esfuerzo que estarían mucho mejor empleados en el estudio del castellano. Y con los años de latín resulta que ni latín se aprende, ni castellano tampoco.

Hoy día necesitan el latín los sacerdotes, los archiveros, bibliotecarios y arqueólogos y hasta si se quiere los historiadores y literatos.

Los sacerdotes estudian el latín, como hemos dicho, en los Semina-

rios; para los demás que lo necesitamos tiene su lugar propio en la facultad de Letras. Pero ocurre que, como al llegar a esta Facultad se tiene el latín ya aprobado, y se supone sabido, tampoco se estudia en ella como debiera estudiarse. Y se da el espectáculo de que los alumnos de Literatura latina no saben traducir ni un verso de Virgilio. Recuerdo que *todas* mis condiscípulos en esa asignatura buscaban siempre mi auxilio para traducir hasta los títulos más sencillos de las obras literarias: y si algo podía yo ayudarles, no era ciertamente por mi latín de bachiller. Si tal ocurría a los que por vocación habían elegido la carrera de Letras, no será muy aventurado suponer que a los que habían tomado otras direcciones más independientes del latín, habíales de ocurrir otro tanto.

No es necesario esforzarse para convencer á cualquiera que esté medianamente enterado, de que el latín que se estudia en el bachillerato no sirve absolutamente para nada. Salvo siempre contadas excepciones, éste es el común sentir, el hecho innegable. No me meto ahora en averiguar las causas. Dicen algunos que el latín no sirve hoy porque no se estudia bien. Sea: ello resulta una confirmación de mi aserto. Y estoy en mi legítimo derecho al pensar que si no se estudia bien es porque no sirve para nada, valga la hipérbole.

Hablo del latín del bachillerato; y ese latín, repito, aunque escandalice, no sirve para lo que se pretende. Con el latín de nuestros Institutos no se aprende mejor el castellano: antes al contrario, se distrae la atención y se malogra, en el intento (que de intento no pasa) de estudiar el latín, el esfuerzo que, aplicado al castellano, daría excelentes resultados.

Como mi aserto no necesita prueba, porque está á la vista y no lo niega nadie que reflexione desapasionadamente, no me he de esforzar en demostrarlo. Además, no valdrían razones, porque nunca tienen valor éstas para los que no quieren oír ni pensar. Esta es, pues, cuestión de votos. Voto porque el estudio del latín sea desterrado del bachillerato y pase a la Facultad de Letras, que es donde debe estudiarse con toda formalidad.

M. CARBALLOS

ETIMOLOGÍAS ACADÉMICAS

Sr. Director de «EL LENGUAJE».

Muy señor mío:

Ocupándose en la Real Academia (y creo que es rigurosamente académico este uso de la preposición) nos dice el ilustrado autor de un hermoso artículo que, firmado con las iniciales R. R., se publicó en el segundo número de esa excelente Revista:

«Bien sabe la Academia que muchas de sus etimologías no son más que bellas invenciones, graciosas fantasías.»

Y, efectivamente, algunas de las etimologías, que con tan poca felicidad ha dado a luz, en edad bastante madura, la Real Academia de la Lengua, me recuerdan aquellos engendros fantásticos que, en sus *Diversions of Purley*, abortaba la fecunda imaginación del inmortal John Horne Tooke. Por desgracia, en este momento, no me es posible citar los casos concretos a los que me refiero, pues no he tenido el cuidado de apuntarlos. Pero abro al azar el Diccionario (la última edición, que adquirí en este famoso Baratillo Gaditano), y lo primero que me salta a la vista es:

«*Orate*. (Del gr. *ὀρατής*, visionario) com. Persona que ha perdido el juicio. Fig. y fam. Persona de poco juicio, moderación y prudencia.»

Pues bien: aparte de que *ὀρατής* no significa *visionario*, sino mero espectador, dudo que, fuera de los términos puramente técnicos o de uso universal, sea fácil encontrar en castellano *ni una sola palabra* que haya sido tomada *directamente* del griego. Sin embargo, no soy cerco; y si se demuestra *históricamente* que, en efecto, el nombre castellano *Orate* descende en línea recta del nombre griego *ὀρατής*, rectifico desde luego mi juicio y me rindo a discreción. Pero, si no existe quien lo demuestre, y, si se abre un concurso libre en que tanto la Academia como todos nosotros los *sportmans* aficionados podemos

disparar al blanco, cada cual con el proyectil que más a propósito le parezca, yo, sin esperar mi turno, me apresuraré a disparatar, digo, disparar, por vía de ensayo, con la siguiente bola.

Todos sabemos, incluso (1) la Academia (y se ve, verbigracia en los adjetivos *silly* *sülig* del inglés y del alemán respectivamente) con qué naturalidad pasa el sentido de *bendito e inocente* al de *tonto y mentecato*. Sentada esta base, quizá no sea *orate* más que un mote sacado del *Orate Fratres* de la Misa o del *Orate* de las Letanías y aplicado primeramente, en esta tierra predilecta de María Santísima y de los guasones, a un *beato* que pide las oraciones de los fieles, aunque crea que, por su gran olor de santidad, no las necesita. Yo mismo he conocido, en otros tiempos, a un beato de los más chiflados, cuyo apodo era Don Vobisco (*Dominus Vobiscum*), y me figuro que, si dicho cofrade mío no fué pariente carnal muy cercano del primitivo señor *orate*, sería indudablemente, por lo menos, uno de sus hermanos de leche. Quizás opine alguien, muy señor mío, que mi etimología latina tiene también sus ribetes de andaluza. *Pero thoni sott qui mal y pense!*; pues, si bien la he propuesto entre chanzas, no la considero por eso menos acertada que la de la Academia.

A ver, pues, si hay quien me la compruebe o quien me la desmienta. En cualquiera de los dos casos quedará igualmente agradecido.

Las derivaciones de la palabra *Orate* indicadas por D. Roque Barcia en su Diccionario Etimológico, son aún más ilusorias que la que autoriza la Academia y aceptan sin reparo los Sres. Montaner y Simón... Y no es de extrañar: pues el sistema de los que, sin seguir las huellas de las voces hasta su mismo punto de partida, pretenden adivinar las etimologías por medio de semejanzas, que suelen ser fortuitas y por lo tanto engañosas, tiene que dar a veces resultados sumamente graciosos y estrambóticos. Pondré un ejemplo.

La palabra inglesa *sparrowgrass*, que no es más que una corrupción de *asparagus*, es decir, *espárrago*, ha sido derivada por un etimólogo herbolario de *sparrow* (gorrión) y *grass* (hierba), por ser, según decía él, una hierba muy apreciada por los gorriones; cosa que ignorábamos los de primer año de Historia natural. Y esta derivación, que parece un chiste, no lo es, pues su autor fué un escocés muy formal, y tanto los ingleses como los irlandeses nos aseguran que, para hacer

(1) Según el Diccionario de la Academia, *incluso* se emplea sólo como adjetivo. ¿Es incorrecto, pues, decir *incluso la Academia*, que es lo contrario de *excepto la Academia*? ¿o habrá también que decir *excepta la Academia*, todos salva la Academia lo ven? ¿Cómo ha de corregirse la frase siguiente:—*Incluso las deliberaciones y el fallo definitivo del Tribunal*?

comprender un chiste a un escocés, es preciso abrirle la cabeza con una hacha y metérselo dentro.

Etimologías por el mismo estilo abundan en las obras filológicas. De las que me vienen a la memoria actualmente, citaré cuatro o cinco que tienen alguna relación con el español.

El nombre inglés *runagate*, que no es más que la palabra castellana *renegado* disfrazada, se ha descompuesto en *run* (correr), *a* (una), y *gate* (puerta), como si dijéramos, un tráfuga que sale corriendo por una puerta y entra corriendo por otra.

Damajuana, del español, *damejeanne*, del francés, y *demijohn* (medio-juan), del inglés, no tienen nada que ver ni con Juana, ni con Juan, ni con Pedro. Proceden de *Damaghan*, un pueblo persa que fué renombrado en otros tiempos por sus fábricas de garrafones.

Rosmarinus (rocío del mar, la planta *romero*) ha tomado en inglés la forma de *rosemary*, que los maestros Ciruelas han derivado de *rose* (rosa) y *Mary* (María), por más que no significa ni Rosa de María, ni María de la Rosa.

Los ingleses tienen una sopa que titulan Sopa de Palestina (*Palestine Soup*), y, si usted les pregunta por qué le dan ese nombre, le dirán que es porque se hace de *Jerusalem artichokes* (alcachofas de Jerusalén): pero, resulta que, en este caso, *Jerusalem* no es la ciudad sagrada, sino el calificativo trastornado de la alcachofa *girasol* o *girasole*, que los ingleses importaron de España, o más bien (al mismo tiempo que los macarrones) de Italia; y luego los Puritanos la bautizaron con el nombre de *Jerusalem*.

La forma primitiva de la palabra *cock-tail*, que parece compuesta de *cock* (gallo) y *tail* (cola), fué *xoc-tl*, y proviene de la lengua azteca. No debe, pues, su nombre el afamado brebaje norteamericano, como ha fantaseado alguien, a la muestra de

La Cola de Gallo que luciría,
La primera cantina que lo expendía.

B. A. RENSRAW.

Cádiz, Abril, 1912.

ANÁLISIS GRAMATICAL INTUITIVO



Dijo
 {la
 {zorra
 a {el
 {busto
 {después
 de {oler-
 {lo:
 {tu
 {cabeza
 es
 {hermosa
 {pero sin seso.
 Como éste
 hay
 {muchos
 {que,
 {aunque {parecen
 {hombres,
 sólo
 son
 bustos.
 De {la
 {mano
 {a {la
 {boca
 se
 pierde
 {la
 {sopa.

A {el
 {eslabón
 de crüel
 trató
 {el
 {pedernal
 {un
 {día
 porque {a menudo
 {lo
 {hería
 {por {sacar
 {chispas
 {de él.
 El
 {amor
 {de Dios
 {y a {el
 {prójimo
 es
 {un
 {compendio
 {de {todas
 {las
 {virtudes.
 La
 {tierra
 es
 {un
 {planeta.

EXAMEN DE LIBROS

Los disparates gramaticales de la Real Academia Española y su corrección, por F. ROBLES DÉGANO.—Madrid, Fernando Fe, 1912.—19×12 de 88 páginas, 1 peseta.

Después de los trabajos de varios ilustres gramáticos, y especialmente de los del eximio Benot; después de publicada la excelente gramática filosófica de éste, que nos consta fué hecha por encargo de la misma docta Corporación, y por lo tanto no le vale alegar desconocimiento, esperábamos que la última edición de la Gramática de la Academia, de la que hemos de tener por modelo, habría de abandonar la trillada senda de molde latino: pero nuestra decepción ha sido completa.

Y bien se merece por ello la Academia el varapalo del Sr. Robles Décano, con su *Epílogo galeato*. La ataca de frente, con valentía y con acierto; en el fondo y en todo el sistema; en el método y en bastantes detalles.

El libro está hecho con suma sutileza con mucha filosofía, con simpática ingenuidad. Pequeño, algo zumbón y punzante, no se deja de la mano hasta que se acaba de leer. Muy sinceramente felicitamos al autor por esta obra.

No en todo, sin embargo, estamos conformes con las opiniones de este ilustre gramático filósofo y estimadísimo colaborador. (1).

El artículo no es adjetivo, sino sustantivo. Vamos a probárselo. En la expresión *lo bueno*, bueno es adjetivo y lo es sustantivo. En *las de Cain*, ese genitivo, como tal genitivo, según su misma doctrina, es adjetivo; y por lo tanto, *las* es sustantivo. Según afirma categórica-

(1) De conformidad con nuestro programa, expuesto en el primer artículo *Nuevo rumbo* de esta revista, discutiremos en ella sin contienda, cada cual según su criterio, las opiniones que nos parezcan equivocadas, aunque sean de nuestros propios colaboradores, para que de este choque suave y fecundo saiga siempre la verdad triunfante adelantando en el camino del progreso lingüístico que anhelamos.

mente en la página 18, los posesivos son siempre adjetivos, nunca pronombres, porque equivalen a los genitivos de éstos, y los genitivos son siempre adjetivos. Luego cuando digo: *mi sombrero y el tuyo*, tuyo es adjetivo del sustantivo *el*; o si se quiere que *el* sea pronombre, nos da lo mismo, porque el pronombre es sustantivo, según su doctrina. *El de la gorra*: *el* es sustantivo porque *de la gorra* es adjetivo. *La que baila*: *la* es sustantivo porque, siempre según su doctrina, que coincide en esto con la de Benot, *que baila* es oración relativa adjetiva. Y así podríamos seguir con multitud de ejemplos.

Parte este error respecto del artículo de suponer que el demostrativo *aquel* es adjetivo. Tampoco lo es, sino sustantivo. *Beatus ille qui...* Feliz *aquel* o *el* que....

En la página 14 escribe el autor: «Mayor disparate aun es decir que el adjetivo tiene también casos y poner su declinación. El adjetivo es con todo rigor un accidente del sustantivo». Pues bien; el artículo no es accidente del sustantivo, y tiene además declinación ideológicamente identificada con el pronombre de tercera persona. Luego el artículo no es adjetivo.

Y parte también este desacierto, de otra hipótesis equivocada. Razona de este modo el Sr. Dégano en la página 9. «Además, su género y su número (los del artículo) dependen totalmente del nombre a que acompaña; pero es propio del adjetivo no tener género ni número propio, sino prestado del nombre: luego el artículo es adjetivo».

Negamos que el género y el número del artículo dependan del nombre a que acompaña. La premisa es gratuita, y por lo tanto no tiene fuerza el argumento. El artículo tiene su género propio, el que le corresponde como tal sustantivo, y concierta con otro en aposición; y esto no siempre. Ejemplos al canto. *El mártir y la martir*; *la sin hueso*; *el sinvergüenza, y la sinvergüenza*; y lo *sinvergüenzas que son estos muchachos*; *lo mujer*; *lo reina*; *el mejor, lo mejor y la mejor*; *lo cortés*; *lo valiente*; *el si*; *el no*. Luego no se deduce en buena lógica que el artículo es adjetivo. El género y el número del artículo no dependen totalmente del nombre a que acompaña, aunque concierte con él: concordancia no necesaria en todas las lenguas que tienen artículo, como ocurre en inglés; donde no concierta. Ni el concertar o no concertar, ni el tener o no tener género ni número propios es lo característico del adjetivo, y menos como carácter peculiar y exclusivo suyo. En castellano muchísimas veces no acompaña el artículo a ningún nombre; luego no puede depender de éste ni tener de él prestado su género ni su número. *Lo que se dice*, *el que sube*, *la que baja*, *los que entran*, *las que salen*, *las de marras*, *el de arriba*, *la de abajo*, *lo de ahora*; *lo*

de delante, cuyo nombre ignoro, cuyo género gramatical desconozco, por lo tanto, pero que sin embargo es una sustancia, es algo, que designo por medio de ese sustantivo *lo*, determinando su situación con las palabras *de delante*.

Aunque el género y el número del artículo, como el del adjetivo, dependieran del nombre, tampoco se deduciría legítimamente que el artículo es adjetivo; pues en tal caso el verbo, que también toma el número del nombre, y en algunas lenguas como el árabe, hasta el género, habría de pasar igualmente a la categoría de adjetivo.

Los pronombres no son adjetivos. El de tercera persona tiene género y número propios, y no es otra cosa que el artículo en distinta aplicación y forma. *Yo hombre no hago papeles propios de mujer. El libro es curioso. Yo y el* están aquí en las mismas circunstancias.

Ahora una aclaración. En la página 18 se afirma y se demuestra que no hay *pronombres posesivos*. Es muy cierto: los posesivos en cuanto posesivos no pueden ser sino adjetivos. Pero debe aclararse que si en su significación funcional, casual y relativa son adjetivos, en su significado esencial son pronombres. De modo que resultan pronombres adjetivos. Esta misma aclaración debiera hacerse también en otras partes. Así, los sustantivos en los casos relativos son sustantivos o nombres adjetivos. Todo esto, admitiendo que el adjetivo no sea palabra vana, al menos, en su significado etimológico.

Respecto al empleo del *la* como dativo, no estamos tampoco en absoluto conformes con el autor, ni con el Sr. Valbuena lo estuvimos nunca, aunque somos en esta cuestión muy tolerantes.

Siempre ha sido distinta la lengua del vulgo, de la que hablan las personas cultas; y éstas deben distinguir de casos, aunque aquél en general sólo sepa distinguir de género; y en algunas partes ni aun eso. Acuérdese el Sr. Robles de las concordancias vizcainas y de otras enormidades del lenguaje vulgar, y no diga más como argumento serio que «no hemos de hacer una lengua para el pueblo y otra para los sabios». El *sermo rusticus* siempre será campestre.

No se apoye tampoco demasiado en la autoridad de los poetas, que los poetas suelen ser corruptores del lenguaje. Y además suelen ser corrompidos sus manuscritos por los cajistas. Si en el tomo impreso de Moreto se encuentran como dativos femeninos el *le* en 16 casos y el *la* en 63, obra de mucha paciencia es esta estadística, para no probar acaso sino que aquel tomo lo compusieron dos cajistas, y el del *la* dativo trabajó más que el del *le*.

El uso del *la* como dativo es frecuentísimamente objeto de confusiones, que deben evitarse no empleando *la* sino *le*. *Si la petaca la di, ¿dónde pondré mis cigarros?* Di la petaca; no digo á quien la di.

Acerca de los diptongos habría también que rectificar algunas cosas, pero sería demasiado largo, y preferimos diferirlo para cuando publiquemos, *Deo volente*, un tratado de la diptongación castellana.

Al salir contra el virtuoso autor de esta interesante obrita no tememos que se nos «quiebre alguna pierna»: eso no es más que un modo fuerte de decir. Pero conste que no tratamos de hacer méritos para el sillón académico, sino de buscar la verdad y dejarla en su lugar. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

R. R.

LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES
DE LA
FILOLOGIA COMPARADA

SU HISTORIA, SU NATURALEZA Y SUS DIVERSAS

RELACIONES CIENTÍFICAS

POR EL

Dr. A. Amor Ruibal

Profesor de Estudios superiores de Lenguas orientales en la Universidad
Pontificia Compostelana.

Agotada ya la primera edición de esta obra, se hallará de venta la nueva edición que se prepara, en las librerías de: Fernando Fe, en Madrid; Subirana Hermanos, en Barcelona; Hachete et C.^{ie}, en París; Otto Harrassowitz, en Leipzig.

INFORMACIÓN

PROFESOR DE INGLÉS.---Ha sido nombrado en virtud de oposición, Profesor numerario de dicha asignatura en la Escuela de Estudios superiores del Magisterio, con el sueldo anual de 3.000 pesetas, el Sr. D. Miguel Ventura Balaña.

ESCUELA CENTRAL DE IDIOMAS.---Para el pago de las conferencias que durante el actual curso académico han de darse en dicha Escuela, se ha dispuesto de Real orden que, del crédito de 5.000 pesetas consignado para este objeto en el Presupuesto vigente, se libren a favor del Habilitado de la misma las cantidades que sean necesarias, a medida que el Director de dicho Centro vaya justificando haberse dado las indicadas conferencias.

UN PRODIGIO LINGÜÍSTICO.---Parece algo increíble, pero algunas revistas extranjeras muy serias aseguran que una hija del Dr. James Buchanan Stoner, de Pittsburg, llamada Winifred Sackville Stoner, cuenta ahora ocho años y habla ya con igual perfección ocho lenguas: inglés, francés, alemán, japonés, ruso, esperanto, latín y griego. Ha escrito tres libros y muchos versos que revelan un grandísimo desarrollo del sentido del ritmo y de la rima.

Se cuenta que a los seis meses comenzó a hablar esta niña prodigio con toda claridad y correcta pronunciación. A los tres años leía perfectamente los libros impresos, y a los cuatro conocía el esperanto (lengua en que ha escrito una pequeña comedia) tan bien como el francés.

Además a esta edad repetía de memoria muchos trozos de Virgilio. A los cinco años comenzó a escribir versos.

No puede negarse que, de ser esto verdad, como aseguran algunas revistas extranjeras, se trata de un fenómeno extraordinario, inexplicable aunque se atribuya a un sistema especial de educación empleado con la niña amorosamente por su madre, que se complace en llamar a su hija «un prodigio lingüístico.»

OPOSICIONES.---Se están verificando las de cátedras de Latín de los Institutos de Valencia, Granada y Cuenca. Terminadas las de Lengua francesa del de Granada, y aprobado el expediente de las mismas, ha sido nombrado para ocupar dicha vacante el Sr. D. Luis Ferbal y Campo.

RECEPCIÓN ACADÉMICA.---El día 5 de los corrientes fué públicamente recibido en la Real Academia Española el ilustre periodista y político Excmo. Sr. D. Andrés Mellado. El discurso del recipiendario versó acerca de la *personalidad literaria y política de D. Francisco Silvela*, cuya vacante ha ocupado el nuevo académico. Le contestó con su habitual elocuencia el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal.

REPARTO DE PREMIOS.---Terminado el solemne acto de que acabamos de dar cuenta, se procedió a entregar los premios de la fundación de San Gaspar, correspondientes a los años de 1910 y 1911; los obtenidos por los escritores laureados en los certámenes ordinarios convocados por la Academia en 1908, y el de la generosa fundación del Duque de Berwick y de Alba.

EL ARRIENDO DE LA ACADEMIA.---Se teme que algún ministro de la Corona partidario del arrendamiento de los servicios oficiales, y que sienta cariño y afición especial a la Real Academia Española, caiga en la tentación de arrendar la autoridad de aquella docta Casa ¿Estaríamos con ello mejor servidos?

NUEVOS ACADÉMICOS.---Han sido nombrados por la Real Academia Española para ocupar las dos sillas vacantes en la misma, el ilustre político y literato D. Augusto González Besada y el insigne poeta y novelista D. Ricardo León.

¿Empujarán un poco los nuevos a los viejos? No lo esperamos. Se contagiarán de amor a la poltrona, no de amor al trabajo.

V. D.

BIBLIOGRAFIA

En esta sección se dará nota bibliográfica de todo libro de asuntos lingüísticos, siempre que para dicho objeto se reciba un ejemplar en las oficinas de esta revista.

BRIGHENTI (ELÍSEO).---Dizionario greco moderno italiano e italiano greco moderno della lingua scritta e parlata, con schemi grammaticali del greco moderno in relazione con l' antico, contenente i nomi propri, ecc.---Milano, E. Hoepli, 1912---24.º de L X+848+612, 12'50 liras.

CATTAN (BASILIO).---Grammatica elementare della lingua araba, per uso degli italiani.---Roma, 1912---16º, de VIII+142, pgs. 3,50 liras.

CEJADOR y FRAUCA (Julio).---Tesoro de la lengua Castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen las palabras. Silbantes (1.ª parte).---Madrid, Perlado, Páez y Comp., 1812---22 X 14, de 689 pgs. 12 pesetas.

CÉZARD (E.).---Métrique sacrée des grecs et des Romains.---Paris, 1912---18.º, de VIII---538 pgs. 8 francos.

LANDRY (E.).---La théorie du Rythme et le Rythme du français déclamé.---Paris, H. Champion, 1911.---8.º de 427 pgs.

LASSALA (Manuel).---Taquigrafía cursiva.---Castellón, Tip. de F. Armengot, 1911.---21X15, de 58 pgs, 1 pta.

MOYENIN y JOUBERT (Juan).---Una Llavcita del Francés---Sevilla, Librería Salesiana, 1911 y 12---22X16, de 493 pgs. 3 pts.

OULMONT (C.).---Etude sur la langue de Pierre Gringore---Paris, Champion 1911---157 pgs. 4 frs.

PALACIO FONTÁN (Eduardo).---Programa Oficial de Lengua Francesa. Primer curso.---Orense, Imp. de A. Otero, 1911.---18X11, de 15 pgs, 0'50 pts.

PONS (Silvio).---Cenni linguistici e letterari sulle valli del Ghisone, del Pellice e della Germanasca. Pinerolo, 1911---16.º de 15 pgs.

PONTES y FERNÁNDEZ (J. M.).---Gramática de la Lengua Española---Madrid, Imp. de Rojas, 1911---11X13 de 159 pgs. 3'50 pts.

ROBERTSON (A. T.).---Grammaire du grec du Nouveau Testament. Trad. sur la 2.ª édition par E. Montet---Paris, Geuthner, 1911---8.º de XVIX198 pgs. 7 frs. 50.

VERRIER (P.).---Questions de métrique anglaise---En la *Revue de l'enseignement des langues vivantes*, números de Febrero y Marzo de 1911.

VOGEL (EBERHARD).---Diccionari portàtil de les llengues catalana y alemanya, ab la pronunciació figurada segons el sistema fonetic de Toussaint-Langeuscheidt. Part primera. Catalá alemany.---Barcelona, Antonio López, edit., 1912.---20 X 13, de 585 páginas, 3 ptas.